

Roberto ECHETO

EL JARDÍN

Dos rectángulos me salvan del ruido.

Dos rectángulos me amparan de la voracidad ajena.

Dos rectángulos me enseñan que la resurrección existe.

Dos rectángulos de tierra donde los mirmidones y yo pasamos los días.

Me pierdo entre las hojas y las tijeras. Aprendo que todo jardín habla el idioma de los nodos.

Ante la épica de la distancia, el rastrillo, la pala, el trabajo sucio y silencioso en el trozo de mundo.

Gramas, abrigo de la tierra, dime cuánto cielo han visto tus ojos.

En el reino flota un universo tenue.

La luz de la hora anónima muestra sus constelaciones.

Entre los puntos distantes de un mismo árbol, la estela de un viajero, el hilo líquido que une mundos a pesar de los elementos.

Sobre las frondas un insecto sondea la almena abandonada de un panal. Sus alas minuciosas remueven la tranquilidad de las partículas sin sombra.

El equilibrio no se rompe. Las esferas mínimas continúan en sus órbitas elegantes hasta que llegan las estrellas.

Todos los días.

El rectángulo calma mi hosca sed de orden.

Es agua frágil que me ciñe y concentra.

En el jardín todo se transforma.

El tiempo se mide por olas.

De verdes.

De orquídeas.

De aguacates.

De alpinias.

De mangos.

A veces el suelo es barro negro.

Polvo amargo.

Es fácil ver las transformaciones en los rectángulos.

Es fácil convertir un hada en grillo.

Una guacamaya en fuego.

Una lagartija en efigie.

Una fractura en bosque.

Un rectángulo en jardín.

Sólo luz.

No hay límites para el canto verde.

Cada brote sigue su propia voz hacia arriba.

El jardín guarda las huellas de sus custodios. La disposición audaz o serena de una maceta es trazo suficiente para reconocer quién (y acaso cuándo) hizo suyo el reino.

La flor es calor del mundo.

Centro de placer delicado.

Paisaje entero.

Ella sola.

Las manos cruzan las ramas; vadean ríos mínimos; van y vienen entre las raíces; recogen hojas; abren surcos; se elevan.

Como pájaros.

Toda el agua fue cielo.

Las hormigas lo saben.

Por eso dibujan líneas que son el horizonte.

El río.

La lluvia.

La tierra.

En el jardín lo salvaje nos enseña que todo está en su sitio.

Las explosiones verdes.

Los rayos que se abren entre las piedras.

Las semillas sin nombre.

Los frutos que esperamos...

El jardinero no ordena.

El jardinero contempla; mantiene el trazo; subraya los límites del universo.

Rectángulo.

Bosque reducido.

Observatorio de nubes.

El sonido de la sequía cruje con las piedras.

Un caracol ágil como una nube nos recuerda que el agua siempre vuelve.

Jardín pródigo e inestable.

Su orden es ficción imperfecta, como la de los libros.

Hacia arriba.

Más arriba.

Un diente flota en diagonal.

Se cree lluvia.

Es paragua y nube a la vez.

El cauce de los crujidos.

El vuelo de los párpados.

El sudor de las piedras.

La intermitencia del canto.

Las manchas en el cielo.

El aire rayado.

¿Quién cifró mensajes en mi jardín?

¿Qué quieren decir?

¿Quién es o será su destinatario?

La abeja (amable y feroz) vive y muere en un estado geométrico de gracia.

Roturo el planeta despacio.

Abro los surcos de las sombras futuras.

Veó una herida amable en el mundo; los puntos, las líneas de un dibujo sinuoso y ancestral.

En el aire el murmullo de las raíces prósperas, el trueno repetido de los grillos.

Nada raro ocurre en el reino.

El mismo milagro.

La fiel resurrección.

Nadie ve la complejidad del rectángulo.

Un jardín es un nudo entre el barro y el viento.

Mis plantas traductoras lo saben y me lo recuerdan.

Cada día.

Entre las frondas crecen brazos que atajan brazos.

No es el sol lo que persiguen.

Es la continuidad de la línea.

La creación del paisaje.

En el reino también aprendemos que cada hora huele distinto.

De la garganta sale el hilo; la humedad minuciosa de los crepúsculos; el trazo purificador que se expande y se adentra en la buena tierra.

Así respiran las formas.

Evocando las nubes, haciéndose cielo.

En el jardín los colores esconden las estructuras.

Los ruidos en el reino forjan otro reino en el aire.

Cerca de mí la vibración antigua.

El eco de la hoja.

La aguja que perfila mundos.

El continuo del que sólo se tiene noticia cuando se acaba.

Regar la grama.

Cuidar la casa.

Salvar la memoria de mis padres.

Podar los crotos.

Vivir en paz.
